

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
MADRID
 En mes, 2 pesetas
PROVINCIALES
 En mes, 7 pías.—6 mes, 13 pías.—Año, 25 pías.
ULTRAMAR Y ANTILLAS
 6 meses, 35 pías.—Año, 65 pías.
FILIPINAS
 6 meses, 40 pías.—12 meses, 75 pías.
 Número suelto 5 céntimos
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
 Calle de la Greda, 10, principal

LA OPINIÓN

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
EXTRANJERO
Unión Postal
 En mes, 15 pías.—6 meses, 29 pías.—Año, 53 pías.
 PAISES NO CONVENDIDOS
 Trimestre, 47 pías.
 Número atrasado, 25 céntimos
 Anuncios, á 0'20 céntimos de peseta
ADMINISTRADOR
 D. José F. Brunenque
 Calle de la Greda, 10, principal

A NUESTROS LECTORES

Al anunciar la publicación de nuestro nuevo folletín en forma de planillas, olvidamos decir que continuaríamos dando en hoja suelta, hasta su completa terminación, el que veníamos publicando con el título ISABEL DE BAVIERA.

Ténganlo así entendido nuestros lectores, y si cualquier día les faltase la hoja por causas accidentales, sirvase reclamarla a la Administración de este periódico.

MIS LUNES

Hoy se le ha enterrado, y sin embargo llegó tarde. Todos los periódicos han publicado ya biografías, artículos críticos, relaciones de las curiosas anécdotas de su vida; todos han agotado los datos y los elogios. La pérdida es hoy, como ayer, inmensa; pero el tema es casi viejo. Nuestra época piensa, vive, lee, trabaja con tal rapidez, que los acontecimientos nefastos ó dichosos, nacen, florecen y mueren en breves minutos.

Queda el tiempo, que deshace las figuras de tierra, que pulimenta las de mármol, que disipa en sombra los nombres ilustres, que fija otros nombres en el cielo para que centellen como estrellas. El tiempo, que olvida los rasgos pequeños y conserva los grandes; encomiador tan solo de la belleza permanente y eterna, atractiva, noble y grande para todos.

Fernández y González era un viejo como hombre y como poeta y novelista. Como autor, estaba de cuerpo presente en el Ateneo desde hace muchos años, y sin sus genialidades, se le hubiera creído enterrado ya de veras. ¡Cosa rara! sin embargo... A la noticia de su muerte, ha pasado por Madrid una ráfaga de fuego, de inspiración, de juventud. Muchos periodistas han escrito artículos de apoteosis, en que resplandece el cariño, la admiración, el respeto, el entusiasmo. Parece que hemos vuelto a los tiempos del romanticismo, de las fantasías sonadoras, de los poetas, de los genios. Parece que Fernández y González ha muerto en pleno reinado, en aquellos días en los que todo Madrid y toda España vivía espiritualmente de sus novelas; cuando los editores le pagaban su pluma a razón de 1.000 reales diarios.

O este movimiento caudaloso de la opinión es un contradictorio inexplicable ó significa una protesta contra las letras actuales: meditadas, científicas, heladas, enfadadas, positivistas, naturalistas, burguesas.

Y una protesta igualmente, contra el útil y sensato extranjerismo que ha venido desvirtuando y que ha reducido casi a pavesas el carácter, las costumbres, el sentido y el espíritu de la raza española.

Este renacimiento de nuestro genio popular que vemos hoy en los pequeños teatros, indica que el alma de una nación no se entrega sin lucha; hoy vemos confirmada esta verdad con los grandes funerales que a Fernández y González tributa el sentimiento público.

Su inspiración, su abundancia, los sentimientos que animaron sus obras sin número, el hermoso desorden de su talento, de sus costumbres y de toda su vida, nos son simpáticos porque hacen los nervios más vibrantes de nuestro corazón y de nuestro amor patrio.

Somos unos moros vestidos á la moda de París, unos Quijotes que nos pasamos los días de claro en claro y las noches de turbio en turbio leyendo las novelas de Zola...

Porque a Fernández y González no se le leía: casi no se le escuchaba... Pero, al morir, vemos el vacío que deja su personalidad en nuestra literatura, su persona en nuestras costumbres, y nos decimos: no ha muerto un escritor más, como los más leídos, más elogiados y menos peores que mueren todos los días: ha muerto un nieto de Calderón y el D. Ramón de la Cruz de la novela española.

Parece que hemos perdido algo más que un hombre, que un escritor y un poeta: que hemos perdido un pedazo de nuestro territorio; un pueblo.

La popularidad de Fernández y González viene de sus novelas por entregas. El folletín sin periódico: lo más sin tesoro para el lector y, sobre todo, para las lectoras, que no se ocupan ni preocupan de la política. En sus primeros tiempos, ya lo sabemos, Fernández y González fue exigente consigo mismo, y quiso unir al concepto noble la gallardía y el buen gusto. De seguir por este camino, hubiese adquirido como novelista la categoría de gran literato; pero la reputación lograda, su fácil trabajo y la ganancia considerable, le arrojaron á producir sin crítica ni respiro.

Entonces fue cuando abrió fábrica de personajes históricos, de escenas antiguas y modernas, de cuadros de la vida señorial y gitana. Su musa desde entonces, excitada por la sobremesa del café, tuvo algo de bacante. Al decir él: «No hay español que no me haya leído», decía la verdad; su espíritu, como el aire, se entraba por debajo de las puertas, para ser recogido con ansiedad y apoderarse á su vez de la imaginación de los lectores, y dominar en ellos tiránicamente.

Es hermoso este dominio del escritor

que sugiere ideas, sentimientos; que dispone los cerebros y los corazones para el bien y para el mal; que conquista un reino de infinitos vasallos rindiéndoles por la simpatía, el placer y la admiración. El mudo elogio del lector, que se para los ojos de la página de un libro y le levanta para suspender un instante la sensación deliciosa de su corazón, es un homenaje que vale para todo autor, digno de serlo, más que pueden valer los millones del mundo; los cuales solo pueden hacer felices á los que los poseen, los cuales pasan, como pasaron por las manos de nuestro novelista, dejando las más veces remordimiento, desaliento y tristeza.

Por eso también, si Fernández y González se hubiese aburguesado, como otros bohemios de su tiempo que figuran en la administración, en la política y en la diplomacia, no hubiese podido conservar esa simpatía de que hoy se ha dado magnífica muestra. Ser tan rico como quien, en vez de remover el mundo de las ideas, remueve el de las letras de cambio, y disfrutar, al propio tiempo, de esa adoración que recibe el genio, le parece á la muchedumbre galardón excesivo... Hay que optar entre el espíritu y la materia; entre la popularidad ó la riqueza; entre la envidia con que honramos al genio, ó la envidia con que odiamos al millonario.

Fernández y González ha muerto pobre, y esto contribuye á la emoción triste que nos ha producido su muerte; no es que el genio deba ser forzosamente mártir y pobre; no es que deba evitar la riqueza; es que, siendo la riqueza tan útil, tan necesaria, tan festejada, y el nervio, en fin, de la vida del siglo, es grandeza no sacrificarla ni el matiz de un sentimiento ni la austeridad de una idea. Y ya qué aspiran los que riman y prosifican si no es á la inmortalidad, que sólo obtienen los de alientos grandes?

Allá murió, en París, Víctor Hugo. Todo fué de poeta en él menos su testamento. Sus mayores admiradores encontraron que había reunido demasiados millones. Su musa era una Sibila que lo mismo había rimado ver osos que billetes de banco. El cerebro de Víctor Hugo tenía un lobanillo burgués.

Fernández y González ha muerto sobre un catre de tijera, alumbrado por un velón de dos mecheros, y dejando en el cajón de su mesa seis reales.

Y todos nos hemos dicho: Su musa ha sido quien debía serlo: la pobreza.

En el mundo de la literatura han dado celebridad á Fernández y González sus frases soberbias, sus ingeniosidades y sus ocurrencias. Así como primeramente alimentó su prestigio con las novelas, lo alimentó después con sus rasgos talentosos y sus chistes. La posteridad no le tomará en cuenta esta obra de ingenio, continua, rutilante, que asombró y deleitó á sus contemporáneos. La palabra tiene alas y vuela, perdiéndose desvaneciéndose en ese azul que es todo y que no es nada. ¡Cuántos autores han quedado sin fama póstuma porque las palabras no quedan escritas en el aire!

Los diarios han referido multitud de estas anécdotas, á las cuales, sin embargo, les falta su mayor encanto y elocuencia, pues les falta ya el reposo, ya la vehemencia, ya el supremo desdén con que acentuaba sus frases; todo en él era imperioso. Su soberbia era sana; por su misma sinceridad respetable, y el énfasis de la expresión—castiza, luminosa, honda y poética—justificado.

Era un carácter: genio siempre en su mesa, en el Ateneo, en el café y en ayunas. Era un gigante que había nacido en un mundo de liliputienses.

El talento de su conversación le ha hecho sobrevivir á su tiempo, porque la conversación, como fruto espontáneo de la vida, sin alínea, que se encuentra sorprendida y no tiene tiempo para correr al tocador y ponerse los papillotes y rizarse, es siempre moderna, del día, del instante, aun en los viejos y en los clásicos.

Todos los escritores sabemos cuán diferente es la prosa escrita de la prosa hablada. La generalidad de los literatos conversan en una sucesión de palabras que ni merece el nombre de prosa. Por añadidura estas palabras son pompas de jabón que estallan sin dejar en el aire ninguna idea. Para decir algo bien dicho, para tener ingenio, ser profundo y admirable es necesario, por regla general, tener propósito de realizar todo esto.

Sin la voluntad, pocos escritores lo son. Mucho más en esta lengua varia, libre, parsimoniosa, parrufada, musical y acicalada, hecha para que no pudiese escribir ningún plebeyo. Por más que la tendencia de los críticos y de los escritores modernos sea despojar á nuestro idioma de afectación para que se humanice, por su lineaje, brevedad y sencillez, es lo cierto que los lectores españoles no resistirían impresa la prosa sin elaborar de la conversación, como no se resisten ciertos alimentos no preparados. El español tiene mucho de las rosas dobles, á las cuales queremos hacer sencillas arrancándoles muchos y muchos pétalos.

Es tan cierto que los escritores no saben escribir prosa sin intención de hacerla, que la mayor parte de ellos no saben escribir una carta sin faltas de sintaxis y expresando con claridad sus pensamientos. Si se coleccionase la correspondencia familiar de nuestros grandes escritores, de nuestros académicos y de nuestros hombres de Estado, nos moriríamos de espanto y de risa.

Necesita el conversador, para ser ingenioso, que el manantial rebose, que surja y se derrame de su virtud interior, sin que la voluntad intervenga, y poseer la índole del idioma por sentimiento, hasta el punto de que las ideas se despierten ya vestidas y alhajadas como para una fiesta.

Esta era la conversación de Fernández y González. Ideas sollofantes que se habrían dormido ya revestidas de tónicas bordadas y que, al despertarse, deslumbraban con sus inesperadas fulguraciones.

No quiero yo repetir los dichos de Fernández y González que todos los diarios han citado ayer; los que no le oyeron, saben por la fama, que si fué grande por la palabra escrita, lo fué más aún por la palabra invisible.

¡Qué no lo sería en sus pensamientos solitarios, en sus dichas, en sus dolores, en sus melancolías, en aquellos momentos en que, hablando consigo mismo, ni siquiera tenía necesidad para hablarse de engarzar palabras!

No puede uno acostumbrarse á la idea de que los poetas son hombres de carne y hueso como los demás, y de que los médicos no encuentren el alma en la autopsia. Consiste esto, sin duda, en que la generalidad de los aficionados literarios no tienen conocimientos científicos.

Los doctores Simarro y Salillas han comunicado sus observaciones facultativas al amigo Cavia, y le han dicho que el pie de Fernández y González era perfecto, la mano delicada; que la piel apenas tenía vello; que el cerebro ha pesado 1.345 gramos; que el difunto debía ser clasificado entre los subdolocefalos... Confieso que me ha dado tristeza leer este frío inventario de los huesos y tejidos del poeta: él vivía del espíritu; admiró y fué admirado por él; no nos acordábamos de su físico, sino cuando nos entristecía la vaguedad de sus ojos ciegos; casi no le veíamos cuando le mirábamos recitar sus versos y cantar sus alabanzas, porque el poeta, como los astros difunde una atmósfera luminosa en la cual se envuelve.

Respecto á la ciencia y á los sabios; pero tienen indiscreciones ó virtudes que á un corazón sensible le parecen profanación. Está de moda pesar los cerebros, y nada hay más respetable que una moda; pero si es verdad fundamental que á mayor cerebro mayor talento, no hay necesidad de pesar el talento de los hombres que se sabe que lo tienen, y si cabe error en ese estudio, no merece la pena de que á un semi-dios se le registre con los dedos el interior del cráneo.

En estas muertes de grandes hombres, deploro más que nunca la costumbre de embalsamar y enterrar, que durará todavía siglos. Se embalsama como tributo de respeto al difunto, y como legado cariñoso para con la posteridad; dejando de este modo en una caja de lujo aparatosa la caricatura contrastante de un varón, honor y orgullo de su época.

Se comprende que la Iglesia nos manifieste así que todo en este bajo mundo, incluso el genio, es materia risible, vanidad de vanidades. Pero los que creemos en la supervivencia espiritual del genio sobre la tierra y en que, con las ideas de sus obras han formado y alimentan el alma universal de este organismo que se llama mundo, no podemos satisfacernos con un maniquí lúgubre.

Más dignas son del hombre espiritual las cenizas. Allí está todo cuanto pudo quedar de él: aquel residuo despierta noble tristeza y meditaciones angustias. Los que no le conocieron lo crean por la historia y por sus obras; y una breve urna de precioso metal contiene el polvo de la carne como en un guardajoyas se encierran las piedras de una corona desmontada.

Se puede transigir todavía con que nos entierren, así, enteros, á los hombres vulgares, dejándonos para manjar de los gusanos.

Pero los astros del firmamento moral, que son luz y fuego, deben ser ceniza.

El día estubo espléndido, la muchedumbre acudió, la emoción fué honda, el tributo, de respeto universal.

El entierro ha sido una manifestación tan grande como el día, sin duda, en su conciencia y en su arrogancia. Tan grande, como quizás el día presente.

Fernánflor.

ECOS DE MADRID

TEMPERATURA DE AYER
 Presiones: 779,1 (Barómetro) y 779,1 (Barómetro); temperatura máxima, 11,3 (Corriente); mínima, 1,9 (Sombra).
 Ayer: llovizna en Santander, San Sebastián, Pamplona, León, Vitoria, Leda y Valencia.

OBSERVATORIO DE MADRID.—Temperatura máxima, 12,0; mínima, 1,2.
 Sres. Aramburo hermanos, Príncipe 12.
 Temperatura de ayer:
 7 de la mañana, 3°
 12 " " 8°
 6 tarde, 11°
 Máxima, 11°
 Mínima, 1°.

La temperatura más baja de la noche anterior, 3° sobre cero.
 El barómetro indica buen tiempo.

SANTO DE HOY

San Julián, mártir, Santa Basilia, su esposa virgen, y San Marcial, Obispo.

Sol: sale á las 7'21 y se pone á las 4'59.

Se gana el Jubileo de las Cuarenta Horas en la capilla de la V. O. T. de San Francisco, donde habrá misa mayor, y por la tarde procesión y reserva.

POLÍTICOS

Ayer celebró una reunión la minoría conservadora en la alta Cámara, acordando en esencia dificultar todo lo posible la discusión del proyecto del Jurado, ya formulando protestas, interponiendo proposiciones incidentales como la del Sr. Marqués de Trives ó presentando innumerables enmiendas al proyecto, las que apoyarán los Senadores conservadores con interminables discursos. La oposición conserva otra vez incurriendo en grandísimas torpezas y contradicciones.

El Sr. Cánovas se empeña en defender en el Congreso su proposición sobre cereales, retardando la discusión del Mensaje y vulnerando la ley de relaciones de las Cámaras, puesto que en el Senado hay pendientes de discusión proyectos análogos, y en cambio se opone á que se siga discutiendo en el Senado un

proyecto ley, aprobado ya en el otro Cuerpo Legislativo.

Si esto no es poner verdadero empeño en desacreditar el régimen parlamentario, se peora mucho á ello; alfortunadamente las mayorías de ambas Cámaras no lo consentirán, y en último término la opinión pública sabrá imponer el correctivo que la anómala conducta de los conservadores merece.

En la reunión de la minoría conservadora á que nos referimos en el eco anterior, además de la campaña obstruccionista contra el proyecto del Jurado, se acordó que consuman los tres turnos de contra el dictamen los señores Condes de Torreánz, Vida y Marqués de Trives.

El Sr. Silvela (D. L.), impugnará el artículo primero, y la reducción de las enmiendas estará á cargo de una comisión compuesta de los señores ya citados y de D. Manuel Silvela, D. Antonio Fabié y D. Fermín Hernández Iglesias.

Hoy se reunirá en casa del Sr. Castelar la minoría posibilista para determinar la actitud de dicho partido en la próxima campaña parlamentaria. Considerase seguro que el acuerdo será mantener la benevolencia hacia el Gobierno, estimando que éste realizará todas las reformas políticas del programa de nuestro partido. A esta reunión no asistirá el Sr. Celeruelo.

Quien le haya asegurado á El Liberal que había presentado la dimisión el Sr. General Weyler, ha abusado de la credulidad del colega.

Lo único que hay de cierto en la noticia que da ayer, está reducido á que, en efecto, el Sr. Director de Administración Militar ha presentado unos proyectos de contabilidad al Sr. Ministro de la Guerra, proyectos que aún no han sido aprobados, sin que esto quiera decir que no puedan serlo, tal como están redactados ó con las modificaciones que se estimen oportunas.

Hoy se reunirá en el Congreso la minoría conlocionista republicana, para resolver acerca de su intervención en el debate del Mensaje, y marcar su actitud respecto á la fórmula de reconciliación y la teoría autonomista con objeto de acordar definitivamente su conducta parlamentaria.

Hace ya mucho tiempo anunciamos que varios señores de la minoría tenían el propósito de presentar una proposición de ley, estableciendo la separación de mandos en Cuba, ó más concretamente, determinando que puedan desempeñar el Gobierno general de dicha isla lo mismo los hombres civiles que los militares.

Efectivamente, en una de estas primeras sesiones, el Diputado Sr. Berge presentará dicha proposición de ley.

En la sesión que hoy celebre el Congreso, el Diputado autonomista Sr. Figueroa anunciará al Gobierno una interposición sobre la seguridad personal en Cuba, y dirigirá varias preguntas y peticiones al señor Ministro de Ultramar.

Es probable que hasta el 12 del actual no pueda repetirse el de Senadores y Diputados el *Litro Encarnado*, por no estar hasta esta fecha terminada su impresión.

La sesión de hoy del Senado será poco interesante. En la reunión de las secciones se elegirán varias comisiones. Figurando entre las más importantes la del proyecto de dehesas boyales; la del Sr. Calderón y Herce, para que el Gobierno no pueda vender, ceder ó permutar ninguna propiedad sin previa autorización; la del Sr. Marcarot sobre recursos para comunicaciones y obras públicas, y la del Sr. Rojo Arias, respecto á la declaración de utilidad pública del edificio para Exposición permanente en Madrid.

También se nombrará, en reemplazo del señor Gallostra individuo de la comisión inspectora de la Deuda al Sr. Angolelli.

El próximo martes se reunirá en banquete, en el restaurant *El Inglés*, los Diputados de Cuba, teniendo el propósito de repetir estas comidas cada quince días.

Con la contestación dada por el Sr. Castelar á los zorillistas Sres. La Hoz y Morán, ha fracasado por completo la fórmula de alianza y conciliación que se pretendía fuera la base de unión de los partidos republicanos.

A consecuencia de esto, pronto se publicará una circular de los autores de la misma, dando por terminada su misión.

La proposición que hoy sostendrá en el Congreso el Sr. Cánovas del Castillo, ha sido anoche objeto de muchos comentarios, todos ellos, por cierto, bastante desfavorables al partido conservador.

Dejando á un lado la cuestión relativa á que esa proposición envuelve una grande inconsecuencia para el partido conservador, lo cierto es que la que el Sr. Cánovas nos ofrece es otra cosa, como decimos en otro eco, que un acto de descortesía con el Senado, defendiendo y discutiendo una proposición que, según la doctrina conservadora, recientemente, debía discutirse primeramente en la Cámara alta, lo cierto es que la proposición del Sr. Cánovas tiene todo el aspecto de un *maquidito*, cuyo aliento y tendencia es la división de la mayoría, presentándola, para conseguir este fin, los intereses agrícolas como amenazas de muerte.

Creemos los conservadores que, tratándose de esta clase de asuntos, puede serles fácil sorprender á la mayoría parlamentaria y arrancarle algunos votos. Pero se equivocan grandemente, porque como la urdimbre es tan burda, y por otra parte, la intención está ya conocida, no habrá seguramente ni un solo Diputado ministerial que se deje apresar en la red que se propone extender hoy en el Congreso el pontifex de los conservadores.

Esto no obstante, los políticos de las tristes profecías (que nunca faltan dentro de los mundos de la *casa patita*) hacen alusión á la proposición del Sr. Cánovas, añadiendo que, llegado el momento de la votación, habrán de confundirse con los votos de los conservadores ó izquierdistas algunos de la mayoría.

Desde luego, no creemos este rumor, esparcido anoche con grandes muestras de contento por las oposiciones, y no lo creemos porque jamás hemos dudado del buen instinto de la mayoría. Perderá, pues, el tiempo el Sr. Cánovas con su acto de hoy, si es que con el pretende llevar la cizaña y sembrar la discordia en las filas de la mayoría. Esta es la política del Gobierno con todos sus entusiasmos, y es inútil é infructuosa tarea tratar de dividirla.

Es más. No solo creemos que no han de sumar los conservadores ningún voto de la

mayoría, sino que ni aun, y esto será lo correcto y lo que aconseja el propio interés, ha de haber abstenciones ó explicación alguna antes de votar.

¡A buena hora vienen los conservadores con el cuidado de los intereses agrícolas... ¿Qué han hecho ellos por esos intereses durante los largos años de su Gobierno?

Si el país contestase á esta pregunta, ¡qué gran proceso podría formarse al Sr. Cánovas del Castillo y á sus amigos!

LOCALES

Han comenzado las obras de instalación del *Sport-Club*, que, como hemos dicho, se situará en la calle de Alcalá, frente al palacio de Bailén.

Los socios fundadores han contribuido para los primeros gastos con 5.000 pesetas cada uno. Los que se inscriban en lo sucesivo, abonarán 1.000 pesetas por cuota de entrada y 100 por cada trimestre.

Se cree muy probable el nombramiento del conocido escritor D. Enrique Pérez Escrich, para director del Asilo de las Mercedes.

Hoy se pondrá á la venta la nueva novela del celebrado escritor D. José María de Pareda, titulada *La Montañesa*, y de la cual publicó un capítulo *LA OPINIÓN*.

Los Marqueses de Cerralbo obsequiarán todos los lunes con espléndidas comidas á sus amigos.

En uno de los días de la próxima semana se verificará en el Ateneo de Madrid una solemne velada dedicada á la memoria de don Manuel Fernández y González.

S. M. la Reina Regente, acompañada de la Condesa de París, pasó ayer tarde por el Retiro.

La Infanta D.^a Isabel pasó con la Princesa Elena.

Hoy regresará á esta corte el General Primo de Rivera.

El corazón de D. Manuel Fernández y González se ha destinado al Museo Antropológico.

El día 12 del corriente se celebrarán exámenes de idiomas en la Dirección general de Aduanas.

Y el día 9 se reanudarán las oposiciones para el ingreso en el cuerpo, dando comienzo al examen del segundo ejercicio.

La Duquesa de Bailén ha reanudado los bañquetes en que los domingos, miércoles y viernes reúne á sus parientes y amigos.

Se encuentra gravemente enferma la esposa del Sr. D. José Echegaray.

La Condesa de París, sus hijos y el Duque de Chartres salieron anoche en el tren correo de Extremadura, con dirección á Andalucía. El Conde de París se reunirá á su familia en Mérida, desde cuyo punto continuarán el viaje hasta Sevilla.

Ayer ingresaron en la Caja de Ahorros del Monte de Piedad, pesetas 648.140 por 1.739 imposiciones; y se han satisfecho en los días 6, 7 y 8 pesetas 439.382 á solicitud de 601 imponentes.

En breve se celebrarán con gran solemnidad dos bautizos: el del hijo de los Marqueses de Monasterio, al que apadrinará Su Majestad la Reina y el de la niña de los señores de Ulagon.

La sociedad Española de Higiene dará principio á sus trabajos del presente curso académico el martes, 10 del corriente, á las ocho y media de la noche, en su local, Montecarra, 22, bajo, con una conferencia pública sobre «Higiene de las clases obreras en España», escrita por el médico de la armada D. Enrique Mateo Barcones.

Siguen llegando con retraso los trenes de la línea directa de Sevilla á Madrid, porque hay que hacer dos trasbordos, uno en Hornachuelos y otro en el túnel núm. 10. De Despeñaperros, cerca del puente de Vilches.

Se asegura que dentro de dos años se abrirá á la navegación el canal de Panamá. Estas seguridades tienen por objeto conseguir la aprobación de los presupuestos y proyectos de obras que han de presentarse en la junta general de accionistas, pues noticias de origen fidedigno juzgan muy mal fundado ese pronóstico.

Según la estadística sobre empadronamiento hecha por el alcalde del barrio de Valencia, en esa demarcación hay 213 tiendas, 24 cocheras, 41 porterías, dos sótanos, 370 pisos bajos, 46 entresuelos, 94 primeros, 63 principales, 547 segundos, 435 tercetos, 291 cuartos, 46 sótanos y 115 buhardillas.

Esas habitaciones están ocupadas por 9.363 personas, de las cuales 2.951 son hembras y 4.442 varones.

En los centros oficiales se ha recibido el siguiente despacho telegráfico:

«BLIBAO 8.—El inspector de vigilancia en las minas, secundado eficazmente por el comandante del puesto de la Guardia civil de Mifiones, ha detenido á Claudio Gómez Puente, según datos positivos, es fugado del penal de Ceuta, en el cual se hallaba sufriendo condena de cadena perpetua.»

LA SEMANA MILITAR

Los periódicos profesionales de ajenos el Pirineo sólo se ocupan en hacer un juicio crítico, más ó menos apasionado, de las reformas efectuadas ó proyectadas durante los doce meses últimos.

Atendiendo, pues, á lo expuesto, nosotros vamos á parodiar á las ciudades publicaciones, recordando lo sucedido en España desde el mes de Diciembre de 1886 hasta la fecha.

Verdadero trabajo de Sisifo es en nuestra patria todo lo relativo á reformas militares; los problemas políticos no conceden estabilidad ninguna á los Ministros de la Guerra, quienes animados, sin duda, de las mejores ideas, pero teniendo cada cual opiniones diversas sobre asuntos profesionales, proponen aquello que les parece más oportuno, y como su paso por el Gobierno es efímero y el ob-

struccionismo suele privar en toda su plenitud, resulta que no se sale del terreno de los proyectos, y el ejército se alimenta de esperanzas para morir siempre de hambre.

Seguramente que algún respetable General deseará de todas formas marcar su paso por el departamento de la Guerra con algunas reformas beneficiosas para las sufridas clases militares, más cuando se amontonaron obstáculos opuestos al desarrollo de la base esencial de sus reformas, cedió el paso á los que, no mirando las conveniencias militares, mejor dicho, las conveniencias nacionales del porvenir, todo lo sacrifican á intereses de indole local.

Buena ó mala, la división territorial militar era un paso esencialísimo para llegar á la organización de nuestro ejército, con arreglo á los principios modernos; pero aquellos intereses de localidad minaron desde un principio el terreno, y en último término abandonó el puesto de Ministro de la Guerra el que intentaba seguir una marcha lógica en la transformación paulatina de las instituciones armadas.

Más animoso, más dispuesto á las transformaciones orgánicas su sucesor, el General Cassola, ha presentado á la Cámara popular un proyecto de ley constitutiva del ejército, que se puede decir abraza en su conjunto las partes principales de todo cuanto atañe á nuestras honrosas instituciones.

La algarada fué grande á la presentación del proyecto, ruidos los ataques de ciertos partidos políticos, manifestó el deseo de que el General innovador abandonase el alto cargo que desempeñaba; sin embargo, el plan de reformas del mencionado General habrá de discutirse en los Cuerpos Colegiados, y entonces veremos si Dios ilumina á los representantes del país para que en el acierto de sus acuerdos definitivos encuentre la milicia española remedio eficaz á sus males inveterados.

Inútil nos parece añadir que si algo se logra costará gran trabajo alcanzarlo, porque, según indicamos antes, los problemas militares se miran aquí con indiferencia y hasta se sacrifican beneficios generales á un interés pasajero ó tan solo en armonía con el egoísmo individual.

Resulta, pues, de cuanto hemos dicho que en España, tras larga labor, no hemos conseguido nada provechoso, como no sea la ley provisional de retiros dictada por el venerable General Castillo que ha dado salida al excedente y movido algo la cabeza de las escalas.

Tenemos, al presente, un porvenir de lisonjeras esperanzas, sueños de color de rosa, cuyo despertar quien sabe si será desconsolador.

EL CONFLICTO RUSSO-ALEMÁN

Todas las potencias de Europa se ocupan de esta cuestión dedicándole artículos en que se estudian los motivos probables de la guerra y hasta se hacen vacilaciones acerca de su desenlace.

Al llegar á este punto, los escritores se dejan arrastrar de la pasión y se escriben cosas estupidas y se defienden teorías imposibles.

En Francia se ha manifestado en la prensa una discreción plausible y, como prueba de lo que decimos, vamos á reproducir los conceptos de un ilustrado periodista francés, que ha vivido mucho tiempo en Alemania dedicado á estudiar la organización de los ejércitos.

Dice así:

«Una de las condiciones más notables de Moltke es que preve siempre las hipótesis más inverosímiles, y dice que «todo es posible y hasta probable»; así es que desde hace diez años su mayor cuidado ha sido cubrir Alemania contra un ataque simultáneo de Francia y de Rusia.

los infelices eran degollados, á pesar de que pedían perdón de rodillas; parecía que sus enemigos se disputaban por cuál le descargaría más golpes.

Empero dos hombres que llevaban una tea en la mano se contentaban con arrancarle los cascos y examinarlos uno por uno, con la prolija minuciosidad de hombres sedientos de venganza, dejando á los que venían detrás el trabajo de matarlos.

Encontráronse los dos frente á frente en medio del tropel, y se reconocieron.

—¿Y el condestable? dijo Ile-Adam.

—Le ando buscando, contestó Perrinet.

—¡Señor Leclerc! gritó al mismo tiempo una voz.

Perrinet volvió la cabeza, y conoció al que le dirigía la palabra.

—¡Hola, Thiebert! le contestó; ¿qué me quieres?

—¿Podéis decirme dónde encontraré al capitán Ile-Adam?

—Yo soy, contestó este.

Entonces se acercó á él un hombre vestido con una ropilla toda manchada de yeso y cal.

—¿Es verdad, le dijo, que habéis prometido mil escudos de oro al que os entregue al condestable?

—Sí, repuso Ile-Adam.

—Pues venid á aprontármelos, continuó el albañil, y os diré el sitio donde está escondido.

—Apara en el mandil, dijo Ile-Adam; y le tiró varios puñados de oro. Ahora dime dónde está.

—En mi casa; venid conmigo.

Al propio tiempo oyeron una carcajada detrás de ellos; Ile-Adam se volvió para buscar á Perrinet Leclerc, ya había desaparecido.

—Vamos pronto, dijo el capitán, si gueme.

—Poco á poco, repuso Thiebert. Tenedme ese tea en tanto que cuento.

Ile-Adam, trémulo de ira é impacien-

cia, alumbró al albañil, que contó uno por uno hasta el último escudo; faltaban unos cincuenta.

—Señor mío, esta no es la cuenta, dijo el hombre.

Ile-Adam le echó en el mandil una cadena de oro que valía seiscientos escudos.

Thiebert empezó á andar delante de él.

Un hombre les llevaba bastante distancia; era Perrinet Leclerc.

Apenas hubo oído el ajuste de sangre que hacían Thiebert y el capitán, echó á correr fuera de sí con dirección á la casa del condestable, y detúvose delante de la puerta de Thiebert; estaba cerrada por dentro, pero su daga le prestó el mismo servicio que en la plaza de la Sorbonne, y abrió la puerta.

En el mismo instante oyó ruido en el cuarto que estaba más adentro.

—¿Quién está ahí?... preguntó

—¿Sois vos, patrón? contestó en voz baja el condestable.

—Sí, repuso Leclerc; apagad la luz, porque andan registrando casas y puede hacernos mal tercio.

Y vió al través de las hendiduras que dejaban entre sí las tablas del tabique, que el condestable seguía su consejo.

—Ahora, abridme.

Entreabrióse la puerta, y Perrinet se lanzó sobre el condestable, que dió un grito; la daga de Leclerc acababa de atravesarle el hombro derecho.

Trabóse una lucha mortal entre aquellos hombres.

El condestable, que se creía en seguridad bajo la salvaguardia de la promesa de Thiebert, estaba desarmado y medio desnudo. A pesar de tan notoria desventaja hubiera ahogado á Leclerc entre sus nervudos brazos, pero la herida le imposibilitaba el movimiento de uno de ellos; esto no obstante, abarcó al joven con el que le quedaba sano, apretóle fuertemente contra su pecho, y echando hacia él todo el peso de su cuerpo unido á su

fuerza, se tiró al suelo, esperando sin duda hacerle trizas el cráneo contra el pavimento.

En efecto, así hubiera sucedido si Perrinet no hubiera ido á dar, afortunadamente para él, con un colchón que había tendido en el suelo para que sirviese de cama.

El condestable lanzó un segundo gemido más fuerte que el primero.

Perrinet, que no había soltado la daga, acababa de esconderse hasta la empuñadura en el brazo izquierdo.

Soltó entonces al joven, levantóse con gran dificultad y fué á caer dando tropezones sobre una mesa que estaba en medio del cuarto, perdiendo sangre y fuerzas por las dos heridas.

Perrinet se levantó también buscándole y llamándole.

De repente apareció en la puerta un tercer personaje con una tea en la mano y alumbró aquella escena.

Era Ile-Adam.

Perrinet se arrojó otra vez sobre el condestable.

—¡Detente!... gritó Ile-Adam, ¡por tu vida, detente!

Y le cogió el brazo.

—Señor Ile-Adam, la vida de este hombre me pertenece, le dijo Leclerc; la reina me la ha dado; ahí tenéis su sello, dejadme.

Y diciendo esto sacó un pergamino del pecho y se le enseñó al capitán.

El conde de Armañac, derribado sobre la mesa é imposibilitado de defenderse por sus heridas, miraba alternativamente á aquellos hombres; sus dos brazos caídos y atravesados chorreaban sangre.

—Está bien, dijo Ile-Adam, yo no quiero su vida: todo puede componerse.

—¡Palabra de caballero! interrogó Leclerc deteniéndole otra vez.

—¡Palabra de caballero! contestó él, pero tengo que cumplir un voto. Mirame hacer.

Leclerc se cruzó de brazos y se dispuso

á mirar lo que iba á suceder. Ile Adam sacó su estoque, abarcó con toda la mano el ancho de la hoja por el extremo, de modo que la punta no sobresaliese más que como cosa de una pulgada desde el dedo pequeño, y se acercó al condestable.

Este, conociendo que todo había acabado ya en este mundo para él, cerró los ojos, echó la cabeza atrás y se puso á rezar.

—Condestable, le dijo Ile Adam arrancándole la camisa que le tapaba el pecho, condestable, ¿te acuerdas de un día en que juraste por Cristo y la Virgen no llevar la roja cruz de Borgoña mientras vivieses?

—Sí, contestó el condestable, y he cumplido mi juramento, porque voy á morir.

—Conde de Armañac, repuso Ile-Adam bajándose hacia él y rasgándole el pecho con la punta del estoque, de modo que le dejara trazada una cruz sangrienta; has mentido con toda la boca, porque has llevado antes de morir la cruz de Borgoña grabada en el pecho. Eres un caballero desleal y mal nacido, pues faltas á tu juramento, en tanto que yo he cumplido el mío.

El condestable no contes tó más que con un suspiro. Ile-Adam volvió á envainar su espada.

—Esto es todo lo que yo quería de tí, añadió, muere ahora como un perjurio y villano. A ti te toca, Perrinet Leclerc.

El condestable volvió á abrir los ojos, y repitió con moribunda voz:

—¡Perrinet Leclerc!

—Sí, dijo este arrojándose de nuevo sobre el malhadado conde de Armañac, próximo á espirar: sí, Perrinet Leclerc, aquel á quien medio mataron á golpes los soldados por orden tuya. Parece que todo el mundo ha hecho aquí su juramento.

Pues sabed que yo he hecho dos. El primero, condestable, era que sabrías á la

hora de tu muerte que la reina Isabel de Babiera era la que te arrebatara París en cambio de la vida del caballero de Bourdon: ese está ya cumplido, puesto que lo sabes.

El segundo, conde de Armañac, era que habías de morir al saberlo, y este, añadió clavándole la daga en el corazón, le he cumplido tan religiosamente como el primero. Dios se lo pague en este mundo y en el otro al que cumple honradamente su palabra.

CAPITULO XX

MUERTE DEL DUQUE DE BORGOÑA

Apoderado de París el poderoso duque de Borgoña, tomó completá posesión en él, y dió comienzo su reinado en la historia de Francia, quedando tarea intermisible al novelista que quisiera seguirlo paso á paso.

Dejaremos en cuidado al historiador, y para acercarnos al desenlace de esta historia, nos trasladaremos al 11 de Julio del año siguiente, fecha en que, después de haber batallado por largo tiempo el duque de Borgoña contra su señor el rey Carlos, se iban á celebrar paces en virtud de un tratado, cuyo único objeto era preparar una emboscada á Juan Sin Miedo.

En ese día, 11 de Julio, hacia las siete de la mañana, dos grupos considerables, uno de los borgoñones que salían de Corbeil, y otro de franceses que venían de Melún, marcharon uno contra otro para darse batalla.

Lo que hubiera podido dar más peso á esta suposición es que todas las precauciones acostumbradas en semejantes ocasiones habían sido estrictamente observadas por los dos bandos: los hombres y los caballos estaban cubiertos de sus ar-

maduras de guerra, los escuderos y los pajes llevaban sus lanzas, y cada caballero tenía colgada á mano el hacha de armas en el arzón de la silla.

Habiendo llegado cerca del castillo de Poulli, en la calzada de los estanques de Vert, las dos tropas enemigas se hallaron á la vista: al instante, de una parte y de otra se hizo alto, las viseras se bajaron, los escuderos presentaron sus lanzas, y con un movimiento unánime las dos tropas se pusieron en camino con la lentitud de la desconfianza y de la precaución.

Llegados á dos tiros de flecha unos de otros, se detuvieron de nuevo: de cada uno de los bandos salieron once caballeros con la visera baja y se adelantaron dejando la tropa á que pertenecían inmóviles detrás de ellos como una muralla de bronce; á veinte pasos solamente hicieron nuevo alto; de cada uno de los lados se apeó un hombre, echó la brida al brazo de su vecino, y se adelantó al encuentro del que venía á buscarlo hasta la mitad del espacio que hasta entonces les había separado.

A cuatro pasos uno de otro levantaron el que la visera de sus cascos, y cada uno reconoció en el otro de estos dos hombres al delfín Carlos, duque de Lorena, y en el otro á Juan Sin-miedo, duque de Borgoña.

Luego que el duque Juan vió que avanzaba á su encuentro era el hijo de su soberano y señor, se inclinó doblando una rodilla en tierra.

El joven Carlos le tomó la mano, le besó en ambas mejillas y quiso hacerle levantar; pero el duque se negó á ello diciendo:

(Se continuará.)

los infelices eran degollados, á pesar de que pedían perdón de rodillas; parecía que sus enemigos se disputaban por cuál le descargaría más golpes.

Empero dos hombres que llevaban una tea en la mano se contentaban con arrancarle los cascos y examinarlos uno por uno, con la prolija minuciosidad de hombres sedientos de venganza, dejando á los que venían detrás el trabajo de matarlos.

Encontráronse los dos frente á frente en medio del tropel, y se reconocieron.

—¿Y el condestable? dijo Ile-Adam.

—Le ando buscando, contestó Perrinet.

—¡Señor Leclerc! gritó al mismo tiempo una voz.

Perrinet volvió la cabeza, y conoció al que le dirigía la palabra.

—¡Hola, Thiebert! le contestó; ¿qué me quieres?

—¿Podéis decirme dónde encontraré al capitán Ile-Adam?

—Yo soy, contestó este.

Entonces se acercó á él un hombre vestido con una ropilla toda manchada de yeso y cal.

—¿Es verdad, le dijo, que habéis prometido mil escudos de oro al que os entregue al condestable?

—Sí, repuso Ile-Adam.

—Pues venid á aprontármelos, continuó el albañil, y os diré el sitio donde está escondido.

—Apara en el mandil, dijo Ile-Adam; y le tiró varios puñados de oro. Ahora dime dónde está.

—En mi casa; venid conmigo.

Al propio tiempo oyeron una carcajada detrás de ellos; Ile-Adam se volvió para buscar á Perrinet Leclerc, ya había desaparecido.

—Vamos pronto, dijo el capitán, si gueme.

—Poco á poco, repuso Thiebert. Tenedme ese tea en tanto que cuento.

Ile-Adam, trémulo de ira é impacien-

cia, alumbró al albañil, que contó uno por uno hasta el último escudo; faltaban unos cincuenta.

—Señor mío, esta no es la cuenta, dijo el hombre.

Ile-Adam le echó en el mandil una cadena de oro que valía seiscientos escudos.

Thiebert empezó á andar delante de él.

Un hombre les llevaba bastante distancia; era Perrinet Leclerc.

Apenas hubo oído el ajuste de sangre que hacían Thiebert y el capitán, echó á correr fuera de sí con dirección á la casa del condestable, y detúvose delante de la puerta de Thiebert; estaba cerrada por dentro, pero su daga le prestó el mismo servicio que en la plaza de la Sorbonne, y abrió la puerta.

En el mismo instante oyó ruido en el cuarto que estaba más adentro.

—¿Quién está ahí?... preguntó

—¿Sois vos, patrón? contestó en voz baja el condestable.

—Sí, repuso Leclerc; apagad la luz, porque andan registrando casas y puede hacernos mal tercio.

Y vió al través de las hendiduras que dejaban entre sí las tablas del tabique, que el condestable seguía su consejo.

—Ahora, abridme.

Entreabrióse la puerta, y Perrinet se lanzó sobre el condestable, que dió un grito; la daga de Leclerc acababa de atravesarle el hombro derecho.

Trabóse una lucha mortal entre aquellos hombres.

El condestable, que se creía en seguridad bajo la salvaguardia de la promesa de Thiebert, estaba desarmado y medio desnudo. A pesar de tan notoria desventaja hubiera ahogado á Leclerc entre sus nervudos brazos, pero la herida le imposibilitaba el movimiento de uno de ellos; esto no obstante, abarcó al joven con el que le quedaba sano, apretóle fuertemente contra su pecho, y echando hacia él todo el peso de su cuerpo unido á su

fuerza, se tiró al suelo, esperando sin duda hacerle trizas el cráneo contra el pavimento.

En efecto, así hubiera sucedido si Perrinet no hubiera ido á dar, afortunadamente para él, con un colchón que había tendido en el suelo para que sirviese de cama.

El condestable lanzó un segundo gemido más fuerte que el primero.

Perrinet, que no había soltado la daga, acababa de esconderla hasta la empuñadura en el brazo izquierdo.

Soltó entonces al joven, levantóse con gran dificultad y fué á caer dando tropezones sobre una mesa que estaba en medio del cuarto, perdiendo sangre y fuerzas por las dos heridas.

Perrinet se levantó también buscándole y llamándole.

De repente apareció en la puerta un tercer personaje con una tea en la mano y alumbró aquella escena.

Era Ile-Adam.

Perrinet se arrojó otra vez sobre el condestable.

—¡Detente!... gritóle Ile-Adam, ¡por tu vida, detente!

Y le cogió el brazo.

—Señor Ile-Adam, la vida de este hombre me pertenece, le dijo Leclerc; la reina me la ha dado; ahí tenéis su sello, dejadme.

Y diciendo esto sacó un pergamino del pecho y se le enseñó al capitán.

El conde de Armañac, derribado sobre la mesa é imposibilitado de defenderse por sus heridas, miraba alternativamente á aquellos hombres; sus dos brazos caídos y atravesados chorreaban sangre.

—Está bien, dijo Ile-Adam, yo no quiero su vida: todo puede componerse.

—¡Palabra de caballero! interrogó Leclerc deteniéndole otra vez.

—¡Palabra de caballero! contestó él, pero tengo que cumplir un voto. Mirame hacer.

Leclerc se cruzó de brazos y se dispuso

á mirar lo que iba á suceder. Ile Adam sacó su estoque, abarcó con toda la mano el ancho de la hoja por el extremo, de modo que la punta no sobresaliese más que como cosa de una pulgada desde el dedo pequeño, y se acercó al condestable.

Este, conociendo que todo había acabado ya en este mundo para él, cerró los ojos, echó la cabeza atrás y se puso á rezar.

—Condestable, le dijo Ile Adam arrancándole la camisa que le tapaba el pecho, condestable, ¿te acuerdas de un día en que juraste por Cristo y la Virgen no llevar la roja cruz de Borgoña mientras vivieses?

—Sí, contestó el condestable, y he cumplido mi juramento, porque voy á morir.

—Conde de Armañac, repuso Ile-Adam bajándose hacia él y rasgándole el pecho con la punta del estoque, de modo que le dejara trazada una cruz sangrienta; has mentido con toda la boca, porque has llevado antes de morir la cruz de Borgoña grabada en el pecho. Eres un caballero desleal y mal nacido, pues faltas á tu juramento, en tanto que yo he cumplido el mío.

El condestable no contes tó más que con un suspiro. Ile-Adam volvió á envainar su espada.

—Esto es todo lo que yo quería de tí, añadió, muere ahora como un perjurio y villano. A ti te toca, Perrinet Leclerc.

El condestable volvió á abrir los ojos, y repitió con moribunda voz:

—¡Perrinet Leclerc!

—Sí, dijo este arrojándose de nuevo sobre el malhadado conde de Armañac, próximo á espirar: sí, Perrinet Leclerc, aquel á quien medio mataron á golpes los soldados por orden tuya. Parece que todo el mundo ha hecho aquí su juramento.

Pues sabed que yo hecho dos. El primero, condestable, era que sabrías á la

hora de tu muerte que la reina Isabel de Babiera era la que te arrebatara París en cambio de la vida del caballero de Bourdon; ese está ya cumplido, puesto que lo sabes.

El segundo, conde de Armañac, era que habías de morir al saberlo, y este, añadió clavándole la daga en el corazón, le he cumplido tan religiosamente como el primero. Dios se lo pague en este mundo y en el otro al que cumple honradamente su palabra.

CAPITULO XX

MUERTE DEL DUQUE DE BORGOÑA

Apoderado de París el poderoso duque de Borgoña, tomó completa posesión en él, y dió comienzo su reinado en la historia de Francia, quedando tarea interminable al novelista que quisiera seguirlo paso á paso.

Dejaremos en cuidado al historiador, y para acercarnos al desenlace de esta historia, nos trasladaremos al 11 de Julio del año sihuiente, fecha en que, después de haber batallado por largo tiempo el duque de Borgoña contra su señor el rey Carlos, se iban á celebrar paces en virtud de un tratado, cuyo único objeto era preparar una emboscada á Juan Sin Miedo.

En ese día, 11 de Julio, hacia las siete de la mañana, dos grupos considerables, uno de los borgoñones que salían de Corbeil, y otro de franceses que venían de Melún, marcharon uno contra otro para darse batalla.

Lo que hubiera podido dar más peso á esta suposición es que todas las precauciones acostumbradas en semejantes ocasiones habían sido estrictamente observadas por los dos bandos: los hombres y los caballos estaban cubiertos de sus ar-

maduras de guerra, los escuderos y los pajes llevaban sus lanzas, y cada caballero tenía colgada á mano el hacha de armas en el arzón de la silla.

Habiendo llegado cerca del castillo de Poulli, en la calzada de los estanques de Vert, las dos tropas enemigas se hallaron á la vista: al instante, de una parte y de otra se hizo alto, las viseras se bajaron, los escuderos presentaron sus lanzas, y con un movimiento unánime las dos tropas se pusieron en camino con la lentitud de la desconfianza y de la precaución.

Llegados á dos tiros de flecha unos de otros, se detuvieron de nuevo: de cada uno de los bandos salieron once caballeros con la visera baja y se adelantaron dejando la tropa á que pertenecían inmóviles detrás de ellos como una muralla de bronce; á veinte pasos solamente hicieron nuevo alto; de cada uno de los lados se apeó un hombre, echó la brida al brazo de su vecino, y se adelantó al encuentro del que venía á buscarlo hasta la mitad del espacio que hasta entonces les había separado.

A cuatro pasos uno de otro levantaron el que la visera de sus cascos, y cada uno reconoció en el otro de estos dos hombres al delfín Carlos, duque de Lorena, y en el otro á Juan Sin-miedo, duque de Borgoña.

Luego que el duque Juan vió que avanzaba á su encuentro era el hijo de su soberano y señor, se inclinó doblando una rodilla en tierra.

El joven Carlos le tomó la mano, le besó en ambas mejillas y quiso hacerle levantar; pero el duque se negó á ello diciendo:

(Se continuará.)

